

QUINTIL

UN VALPARAÍSO PICUNCHE



CORPORACIÓN CULTURAL
ARTURO PRAT CHACÓN

Autores:
Claudio Henríquez
Iris Moya
Jaime Vera

Ilustración y diseño:
Karen Cáceres

**Homenaje al Mes del Mar
2013**





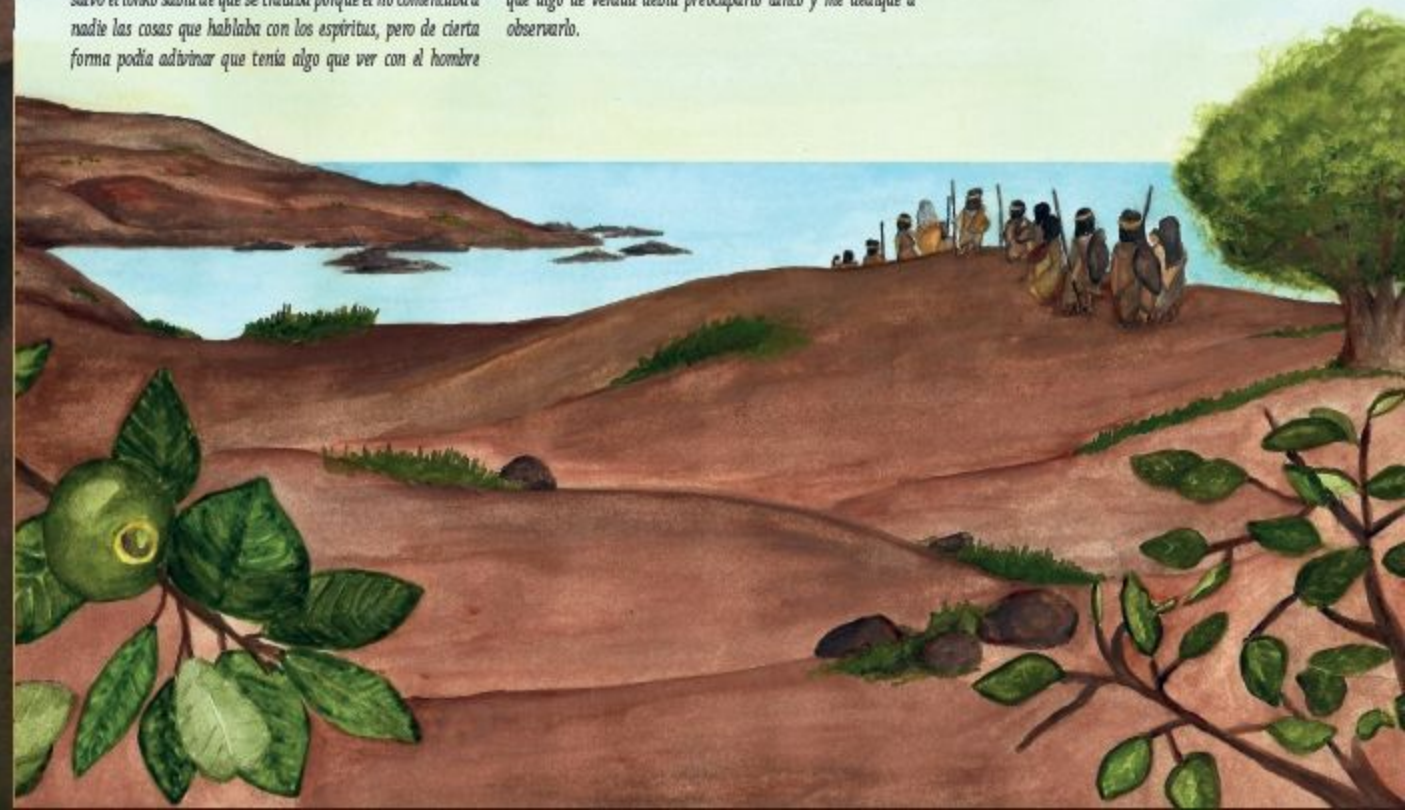
Como el abuelo estaba tan hosco, todos presentimos que en esta temporada algo sucedería, como aquella vez que llovió sin parar hasta que la luna volvió a salir llena de nuevo y los valles hasta más allá de los cerros altos se llenaron de agua.

La marcha hacia el mar comenzó, y aunque ya conocía el camino siempre resultaba un acontecimiento feliz, sobre todo ahora que el abuelo venía con nosotros para hacerle muchas preguntas. Se había negado a quedarse en la aldea porque dijo que esta vez tenía algo que ver, algo iba a pasar y él debía presenciarlo. Nadie salvo el lonko sabía de qué se trataba porque él no comentaba a nadie las cosas que hablaba con los espíritus, pero de cierta forma podía adivinar que tenía algo que ver con el hombre

extrño que vino del norte, y de aún más lejos, hablando acerca de la gente brillante que se acercaba, trayendo un arma aterradoro que tronaba y refulgia, matando a la distancia. Muchos pensaron que ese hombre mentía, que en su rara cabeza sin orejas pasaban ideas incomprensibles, sin embargo, su mujer, de noble linaje cuzqueño, le dijo al Lonko que todo era cierto y algunos comenzaron a tener miedo.

Al principio yo no creí esas historias que la gente llevaba y traía, pero al ver al abuelo tan pensativo, comencé a darme cuenta de que algo de verdad debía preocuparlo tanto y me dediqué a observarlo.

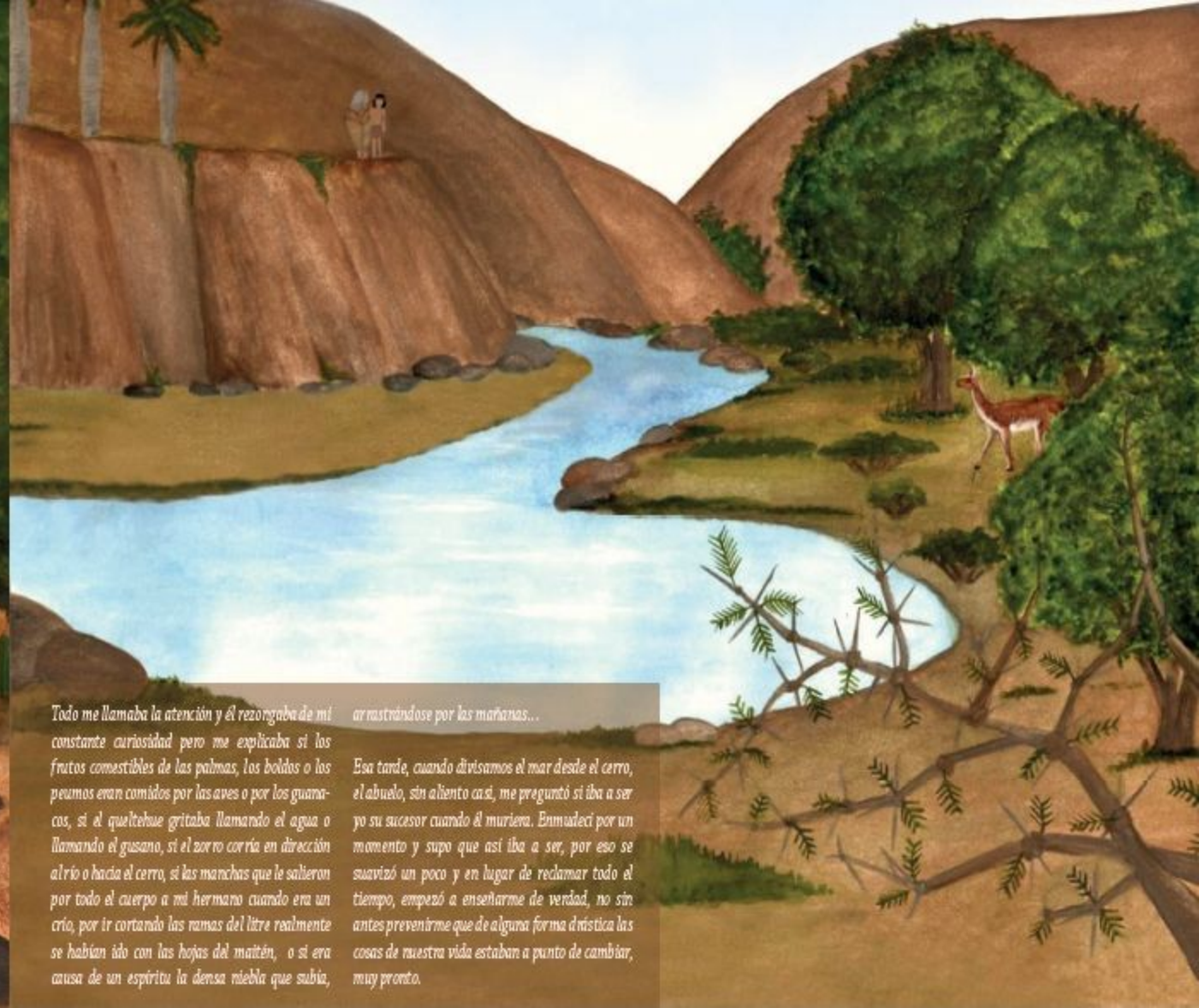
Avanzamos con dificultad, en parte porque él ya estaba muy viejo y en parte por los abruptos ascensos y descensos de la huella lo dejaban sin aire y le cruzaban las rodillas, entonces yo le ofrecía mi brazo o mi hombro para que se apoyara y siguiera adelante mientras le iba preguntando cómo se habían alzado las colinas como enormes verrugas desde la tierra plana, por qué la tierra aquí o allá aparecía pintada de color rojo sangre, por qué las quebradas se precipitaban siempre en la misma dirección, ya rápido, ya formando pequeños remansos y charcas donde nadaban los pequeños peces, ocultos entre las raíces.



El abuelo cuenta que el mundo es muy viejo. Él es un hombre viejo y retorcido por los años y siempre tiene muchas historias que contar, sabe cosas que los otros no saben y otras cosas que nadie más podría saber: eso pasa porque habla con los espíritus de los antiguos y con lo que está vivo en la tierra y en el aire. A veces me siento a escucharlo y le hago preguntas hasta que se aburre de mí y me echa rezongando rumbo a sus tareas, que

tiene muchas. Sabe usar las plantas y hace con ellas polvos y brebajes curativos, puede arrancar las enfermedades del cuerpo, preparar a los guerreros antes de salir a luchar y adivinar el futuro. De toda la gente que conozco, él es el más sabio y cuando el Lonko se reúne con él, todos sabemos que algo importante está pasando. Este año, antes de comenzar nuestro viaje al valle de Quintil, en la costa, el abuelo estuvo pensativo y más humilde que de costumbre,

se reunió en muchas ocasiones con el Lonko en su gran casa, realizó los ritos con mejores y más llamativas vestimentas tejidas por las mujeres más hábiles, con líneas y colores y se adentró en el portezuelo a escuchar las voces de los cerros. Cuando me acerqué a mirar más de cerca las piedras negras que sacó del cuerpo de un niño recién nacido, me sacó a bastonazos de su lado y se sumergió en el trance.



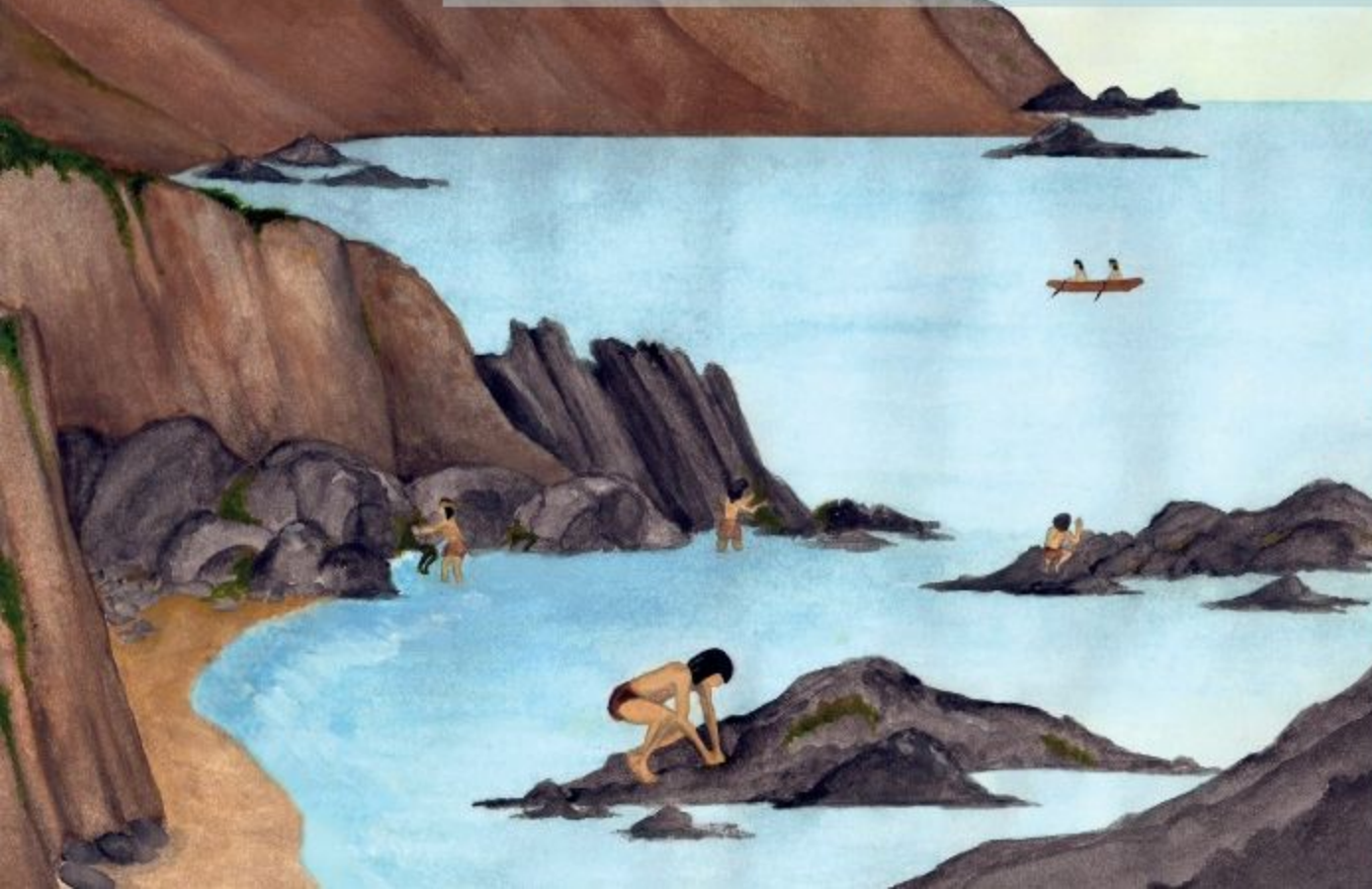
Todo me llamaba la atención y él rezongaba de mi constante curiosidad pero me explicaba si los frutos comestibles de las palmas, los boldos o los pneumos eran comidos por las aves o por los guanacos, si el queltehue gritaba llamando el agua o llamando el gusano, si el zorro corría en dirección al río o hacia el cerro, si las manchas que le salieron por todo el cuerpo a mi hermano cuando era un crío, por ir cortando las ramas del litre realmente se habían ido con las hojas del maitén, o si era causa de un espíritu la densa niebla que subía,

arrastrándose por las mañanas...

Esa tarde, cuando divisamos el mar desde el cerro, el abuelo, sin aliento casi, me preguntó si iba a ser yo su sucesor cuando él muriera. Enmudecí por un momento y supo que así iba a ser, por eso se suavizó un poco y en lugar de reclamar todo el tiempo, empezó a enseñarme de verdad, no sin antes prevenirme que de alguna forma drástica las cosas de nuestra vida estaban a punto de cambiar, muy pronto.

Me enseñó del suelo hasta el cielo y de la tierra hasta el agua. Qué plantas sirven para comer, qué plantas sirven para curar, qué plantas son para los espíritus y qué plantas sirven para matar, cómo crece una semilla y cómo se alimentan todas las cosas verdes del agua, de la tierra y de las demás cosas vivas o muertas. Por qué los árboles son diferentes en los espacios de sombra y qué animales se refugian en los densos matorrales. Aprendí cómo la roca va

desgranándose lentamente hacia el mar hasta volverse arena, y cómo en los grandes campos de agua salada moran los peces y los otros seres que a veces parecían tan extraños. Se sentó a mi lado y me ayudó a amarrar el anzuelo, me enseñó a recolectar la comida de las rocas, las largas tiras de algas, los animales de duras conchas, me mostró cómo subirme y remar en la canoa y a tener la suficiente paciencia para atrapar los peces, esquivos a veces.



En la noche, mientras dormíamos, el abuelo se removió a mi lado entre las mantas, intranquilo me di cuenta que estaba caminando lentamente por el risco. La luna brillaba poco así que me costó verlo, y sin hacer ruido, me levanté y lo seguí. Estaba agazapado mirando al mar y lo imité. A lo lejos, muy a lo lejos, se veían pequeñas luces sobre el agua, flotando sobre la superficie, apenas moviéndose con el vaivén tranquilo de las olas. Le pregunté si eran espíritus, y él me miró un rato largo, chasqueando la lengua, y me dijo

que no sabía, que si lo supiera no hubiera venido hasta aquí. Nunca había visto algo como eso.

Nos quedamos ahí mirando mucho tiempo, todas las luces fueron desapareciendo lentamente, menos una, que no cambió en toda la noche. Cuando abrió el día, por fin pudimos ver con más claridad de lo que se trataba, ante el propio desconcierto del abuelo.



Era un gran armatoste de madera que flotaba por encima del agua, era como una especie de casa enorme y combada que tenía encima largos palos, como árboles sin ramas. Oímos ruidos provenir desde allí, y todavía escondidos, vimos, a la distancia, que figuras como de hombre se movían por encima, el reflejo de algo extraño me llamó tanto la atención, aún a esa distancia, que estuve a punto de levantarme para mirar mejor.

Miré al abuelo y de pronto lo vi como enfermo de algo, parecía un poco más viejo y un poco más cansado que hasta hace un momento, como si quisiera irse a dormir, envolverse en su manta, esconderse en su choza y ocultarse entre el humo durante varios días, como aquellas veces en las que se perdía por días y semanas completas. El no saber qué era esa cosa que estaba en el agua lo ponía enfermo, el no saber que hacer con eso ni qué significaba había perturbado su pensamiento.

Era la primera vez que el abuelo no sabía acerca de algo, de modo que juntos nos quedamos mirando mucho rato hasta que estos seres sobre la casa flotante empezaron a moverse. Vimos que lanzaron dos archedos canoos sobre el agua, que se montaron en ellas varios de ellos, y que, gritando en una rara jerga, vinieron remando hacia la playa en medio de destellos. El abuelo se alertó todavía más, imitó la voz de un pájaro y los hombres que estaban cerca vinieron hacia nosotros con cautela. Algunos traían sus arcos, otros sus arpones de pesca, a pesar de que no sabían qué sucedía, entendieron que era el momento de ser rápidos y silenciosos. Nos amontonamos a mirar en dirección a la playa para ver lo que sucedería, cuando sus canoos tocaron la arena, saltaron de ellas mirando a su alrededor durante un rato, oímos murmullos y voces como palabras que no entendimos, bajaron y dieron gritos, agitando los brazos.

Nos movimos lentamente y al principio nuestros compañeros parecían muy sorprendidos, a medida que nos fijábamos, me fui dando cuenta de que cada vez se veían más como hombres envueltos en algo brillante, tenían marañas de pelo hirsuto, a veces del color de la paja, incluso barbas frondosas, sus rostros me parecían nros y rojos, y aún de lejos sentí que habían, que estaban muy sucios.

A unos pasos su grupo hizo más señas, gritaron más fuerte mostrando algo a la distancia, nosotros nos agazapamos cuanto más pudimos y vimos, ocultos entre los matorrales que nos protegían, que desde el cerro venía otro grupo de hombres brillantes, bajaba en hilera, siguiendo ordenadamente la senda, levantando polvo y agitando los brazos. Pero no venían solos, en lugar de caminar por sus propios pies, montaban animales más grandes que los guanacos, con un pelo corto y lustroso, tal como nos habían contado que hacían, porque el Hombre Sin Orejas había hablado de ellos, había dicho que venían, había dicho que eran muchos, que eran muy fuertes, que nosotros no podríamos pelear contra sus armas, que había que ser complacientes con ellos.



Me di cuenta que el abuelo lo sabía, seguramente los mensajeros alertaron al Lonko y éste a su vez se lo había dicho al abuelo; el Hombre Sin Orejas también lo sabía, a fin de cuentas él era uno de ellos. El grupo que venía por tierra no pudo pasar sin ser visto, tuvo que venir por los poblados, tuvo que conseguir comida y agua, y conocer a nuestra gente.

Quizá el momento que el abuelo había temido todo este tiempo había llegado, el momento en que

finalmente las historias que circulaban por el pueblo, en que sus presentimientos y quizá los mensajes que escuchaba de los espíritus, le habían predicho... En el momento en que por primera vez nos encontramos realmente con ese grupo de hombres extraños, brillantes y ruidosos, que habían venido a nuestra tierra en busca de algo que nosotros no conocíamos, de algo que quizá no entenderíamos.

BOSQUEJO HISTÓRICO DE VALPARAÍSO

EL ESCENARIO

Hacia el año 1500 Valparaíso ofrecía una fisonomía muy distinta a lo que conocemos hoy día (1). El borde costero natural desde la Avenida Argentina seguía por la calle Yungay hacia las actuales plazas Victoria y Aníbal Pinto, allí el farallón del cerro Concepción impedía el paso entre el Almendral y el Puerto. Más allá, la playa se prolongaba por Prat, Serrano y Bustamante hasta la actual Aduana.

Las quebradas y pequeños valles entre cerros poseían tupida vegetación y arroyos, que en invierno se transformaban en potentes torrentes, producto de las intensas lluvias. Abundante fauna terrestre usufructuaba de la frondosa vegetación, que disminuía hacia las cumbres hasta convertirse en matorral xerófilo bajo o coirón.

Innumerables peces, lobos marinos y aves poblaban toda la bahía. Entre la línea costera y la terraza más alta, abundantes recursos naturales la hacían muy atractiva para el hombre. La bahía entre Concón y Punta Ángeles era llamada por los indígenas ALIMAPU, (2) "tierra quemada". El pequeño valle atravesado por el estero San Francisco, cercano al desembarcadero y protegido por los acantilados de Playa Ancha era denominado QUINTIL, "lugar donde se boga" voz mapudungun, fue el sitio en el que se concentró una pequeña población, cuya tarea primordial era la de abastecer de recursos marinos a las comunidades del interior.

Este grupo de indígenas dependía de Tanjalonco, señor de los Indios de Quillota y de la mitad inferior del valle de Aconcagua o de Chile. Documentos coloniales inéditos, prueban la relación de dependencia de los aborígenes de Quintil con los de Quillota, llamados 'Picunche'. (3)

En 1604, Quintil y Aliamapu hasta Lo Vásquez en Acuyo, actual Casablanca, eran parte del señorío de los Indios Quillotanos o Picunche.

CONTACTO HISPANO.

El primer navío europeo que llegó a Valparaíso, sin duda fue el San Pedro. Este, junto al San Cristóbal y el Santiago, formaban la expedición marítima que había zarpado del Perú hacia el Sur en apoyo de la expedición terrestre de Almagro, pero por diversos incidentes no pudo continuar debiendo regresar todas las naves al Perú.

Con posterioridad, el San Pedro, la embarcación de menor tonelaje, es la que llega a Chile Central a mediados del 1536 en búsqueda de la expedición de Almagro. Su capitán Alonso Quintero, recaló junto a los cerros de la bahía de Quintil, refugiándose de los fuertes vientos primaverales del suroeste, buscando respiro y reparo para la pequeña embarcación, maltrecha e inundada.

Días más tarde, un grupo enviado por Almagro, capitaneado por Juan de Saavedra, bajaba por los cerros hacia la caleta de Quintil al encuentro de la nave que proveería de víveres, equipo y herraje para los caballos. Saavedra fue quien bautizó a la bahía con el nombre de Valparaíso. Posteriormente llegó don Diego de Almagro con el grueso de su expedición, estableciendo un campamento provisorio en la bahía, la cual reclamó para la corona de Castilla. (4)

(1) Carecía de las 3 ½ cuerdas lineales de terreno ganado al mar en la actualidad, además en algunos lugares, como por ejemplo frente a la actual plaza Echaurren, el terreno se encontraba cercano a los 7 m. de profundidad con respecto al nivel actual.

(2) También conocido como Aliamapu, Alinmapu y otras variantes.

(3) "Gente del Norte", en mapudungu. Pueblo indígena que habitaba Chile Central, desde Choapa hasta el río Maule. Compartían con los pueblos de más al sur un dialecto del Mapudungu, y un mismo acervo cultural. Fueron muy influenciados por la invasión incaica y los diágitas del Norte Chico. A la llegada de los españoles, su población se hallaba muy reducida. Desconocemos el nombre que se daban a sí mismos. Arqueológicamente son conocidos como Cultura Aconcagua.

(4) Los picunche estaban enterados de la presencia de los españoles en el Perú a través de Calvo Barrientos "el desorejado", un español auto desterrado del Perú, de donde desertó debido a la vergüenza cuando perdió sus orejas, en castigo por sus robos. Se casó con una Ñusta, de noble linaje cuzqueño. Ella además de ser su intérprete, le facilitó el largo viaje hasta el valle de Aconcagua, con todos los honores y privilegios de la nobleza incaica. Este nuevo status adquirido gracias a su esposa, le permitió convertirse en el principal consejero político-militar de Michimalonco, Jefe del Valle de Aconcagua.